

HOMILÍA XXII DOMINGO TIEMPO ORDINARIO – 2013. CICLO “C”

1.- Las Lecturas

*** Libro del Eclesiástico 3,17-18. 20. 28-29.** El autor sagrado nos invita a ser humildes y sencillos y de esta forma alcanzaremos la bondad y el favor de Dios.

***Salmo Responsorial 67.** Proclamemos con el orante del AT: “en tu bondad, oh Señor, preparaste casa para los pobres”. Dios ama a los sencillos de corazón.

*** Carta a los Hebreos 12, 18-19. 22-24a.** Dios abre las puertas de la ciudad de Jerusalén a los humildes de corazón, de quienes se dice que se han acercado al monte Sión, ciudad del Dios vivo.

*** Evangelio según San Lucas 14,1.7-14.** Escuchemos las palabras del Señor que nos dice: “el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”. Dios enaltece a quien se humilla y a quien respeta al prójimo.

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- Huyamos de la soberbia y del orgullo.

Una de las tentaciones que podemos experimentar a lo largo de nuestra existencia es la soberbia... Alejémonos de ella pues no hace bien ni nos hace felices. Recordemos lo que nos dice San Juan: “no os encariñéis con este mundo ni con lo que hay en él, porque no son compatibles el amor al Padre y el amor al mundo. Y es que cuanto hay de malo en el mundo -pasiones carnales, turbios deseos y ostentación orgullosa-, del mundo procede y no del Padre. Pero el mundo y sus pasiones se desvanecen; sólo el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (Jn.2,15-17). No olvidemos esta enseñanza de San Juan.

Ante la autosuficiencia de los fariseos, San Pablo los invita a reflexionar y a cambiar con estas palabras: “¿Qué tienes que no hayas recibido? Y, si lo has recibido, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido?” (ICort.4,7).

Es verdad que en no pocas ocasiones y momentos de nuestra existencia, sentimos y experimentamos el dolor y el sufrimiento, los agobios y los fracasos...En estos momentos, no nos desanimemos ni perdamos la serenidad y la paz. Antes bien, dirijamos nuestra mirada llena de amor, de confianza y de esperanza a Jesucristo que nos dijo y nos dice

hoy: “venid a mi todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y carga ligera” (Mt.11,28-30),

2.2.- Vivamos en la verdad

Desde siempre hemos escuchado y aprendido que la humildad es la verdad (Santa Teresa de Jesús). Por eso hemos de decidarnos a vivir y caminar en la verdad de Dios, en la verdad del hombre y en la verdad del mundo (Pablo VI, EN).

Contemplemos a Dios como nuestro Creador y Salvador. Con su poder, sabiduría y amor nos ha llamado a la existencia y nos ha creado. El ser creado necesita al Ser Creador para existir y permanecer en la existencia que ha recibido. Vivamos, pues, en adoración, en acción de gracias a Dios. No silenciamos su Nombre ni nos avergoncemos de hablar poniendo de manifiesto la identidad profunda del ser humano y su relación con Dios.

Mirémonos a nosotros mismos con una mirada profunda, y nos descubriremos lo que somos en nuestra realidad más honda: hechura de las manos de Dios y, por tanto, creaturas de Dios. Vivamos, pues, en una relación de amistad, de escucha de Dios, de obediencia a Dios. Tengamos presente que esta relación no nos despersonaliza ni nos oscurece, sino que nos constituye, nos ennoblece en nuestro ser y fortalece nuestra dignidad auténtica y verdadera. Superamos así esas antropologías reductoras del ser humano a pura materia o química.

Miremos el mundo como fruto del poder de Dios y descubramos en él las señales y vestigios de Dios: “porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder y su divinidad” (Rm.1,20). Nuestra relación con las cosas debe estar caracterizada por la sobriedad, la austeridad y el compartir con los necesitados. El lujo, el desenfreno, la avaricia, la codicia...no edifican al hombre ni a la sociedad.

Si vivimos y caminamos en esta triple verdad, que acabamos de presentar, seremos felices, desaparecerán las guerras y la violencia, nadie morirá de hambre ni vivirá en la miseria, nadie será excluido ni marginado...

Si vivimos y caminamos en esta triple verdad, que hemos ofrecido, nos daremos cuenta de que lo poco o mucho que tenemos, lo hemos recibido de Dios como don y gracia suya. En efecto, en su infinita misericordia y bondad nos ha regalado todo lo que somos y tenemos...No nos equivoquemos.

Si vivimos y caminamos en esta triple verdad que hemos presentado, estaremos abiertos a Dios que por puro amor y gracia, en otro tiempo, nos ha hablado de muchas y diversas maneras (cf. Hebr. 1,1ss), y, en estos últimos tiempos, se ha acercado tanto a nosotros, los humanos, que nos ha dicho San Juan: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros...”(1,14); y San Pablo ha escrito: “al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo nacido de mujer...” (Gál.4,4).

2.3.- Dios escoge lo humilde y lo sencillo

Recordemos unas palabras de San Pablo que nos ayudan a entender de alguna manera los designios de Dios que escoge la pobreza y la debilidad, la sencillez y la humildad, en su manifestación y actuación en el mundo... ¡Qué bien lo expresa y manifiesta San Pablo en estas palabras!: “Dios ha escogido más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es, para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios” (ICort.1,27-29).

El propio San Pablo nos presenta a Jesucristo como aquel que “siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres, apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz” (Fil.6-8).

A la luz de estos textos paulinos, nos quedamos sobrecogidos y sin palabras. Sólo de rodillas podemos mirar y contemplar a Dios y a Jesucristo.

2.4.- La Iglesia ha de seguir los caminos de pobreza y sencillez en su vida y en la realización de su misión

Contemplando a Jesucristo, estamos llamados a adentrarnos en los caminos del Señor y a recorrerlos en nuestra vida y en la realización de la misión evangelizadora. Estos caminos pasan por la sencillez y la pobreza, la humildad y la persecución, la obediencia y el servicio. Así lo dice el Concilio Vaticano II:

* “Mas como Cristo efectuó la redención en la pobreza y en la persecución, así la Iglesia es llamada a seguir ese mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación” (LG 8).

* “La Iglesia debe caminar por moción del Espíritu Santo, por el mismo camino que Cristo llevó, es decir, el camino de la pobreza, de

la obediencia, del servicio y de la inmolación de si mismo hasta la muerte, de la que salió victorioso por su resurrección” (AG 5).

- ¿qué nos dicen estos textos conciliares?
- ¿nos sentimos interpelados por ellos?
- ¿estamos dispuestos a cambiar?

Enseñanzas del Papa Francisco

“Queridos hermanos, el resultado del trabajo pastoral no se basa en la riqueza de los recursos, sino en la creatividad del amor. Ciertamente es necesaria la tenacidad, el esfuerzo, el trabajo, la planificación, la organización, pero hay que saber ante todo que **la fuerza de la Iglesia** no reside en sí misma sino que está escondida en las aguas profundas de **Dios**, en las que ella está llamada a echar las redes.

Otra lección que la Iglesia ha de recordar siempre es que no puede alejarse de **la sencillez**, de lo contrario olvida el lenguaje del misterio, y se queda fuera, a las puertas del misterio, y, por supuesto, no consigue entrar en aquellos que pretenden de la Iglesia lo que no pueden darse por sí mismos, es decir, Dios. A veces perdemos a quienes no nos entienden porque hemos olvidado la sencillez, importando de fuera también una racionalidad ajena a nuestra gente. Sin la gramática de la simplicidad, la Iglesia se ve privada de las condiciones que hacen posible «pescar» a Dios en las aguas profundas de su misterio” (Encuentro con el Episcopado brasileño. Arzobispado de Río de Janeiro; 27-VII-2013).

“¡Cómo me gustaría una Iglesia pobre y para los pobres!» (Primer encuentro con los periodistas que cubrieron el cónclave). Una Iglesia pobre, capaz de renunciar a las vanidades; una Iglesia sencilla, cercana, misericordiosa...

Meditemos estas palabras. Nos hará mucho bien. Recordemos que nuestra Asamblea Sinodal aprobó la proposición siguiente: “optar por una Iglesia pobre y solidaria con los más pobres”.

¿Cómo hemos respondido a esta opción?

¿Qué signos hemos ofrecido de ella?

¿La hemos echado en el saco del olvido?

“Los Obispos han de ser hombres que amen la pobreza, sea la pobreza interior como libertad ante el Señor, sea la pobreza exterior como simplicidad y austeridad de vida. Hombres que no tengan "psicología de príncipes". Hombres que no sean ambiciosos y que sean esposos de una Iglesia sin estar a la expectativa de otra» (Encuentro del CELAM).

Prosigamos celebrando la Eucaristía

“En el domingo, los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la palabra de Dios y participando en al Eucaristía, recuerden la pasión, la resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios, que los hizo renacer a la viva esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos (IPedr. 1,3). Por eso, el domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles, de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo. No se le antepongan otras solemnidades, a no ser que sean, de veras, de suma importancia, puesto que el domingo es el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico” (SC 106).

Terminamos. Unidos en la fe, en la esperanza y en el amor.
Cáceres. 26 de agosto de 2013

Florentino Muñoz Muñoz